

EL PRINCIPIO CORPORATIVO-ORGANICO DE LA IGLESIA.

Guatemala, 30 de marzo de 2016.-

Nosotros tenemos el conflicto que cuando venimos al Señor, nos cuesta reconocer que fuimos cambiados de dimensión. Dice *Colosenses 1:13* **“el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo”**, Esto quiere decir que venir a Cristo no implica sólo el conocimiento de “algo”, sino un cambio de “vida”. Mientras estábamos en el sistema del mundo, también estábamos amarrados a satanás, y en ese tiempo él hizo del hombre un ser religioso e individualista. Al convertirnos al Señor, entramos al Reino del Hijo, o sea, a un nuevo sistema. Ahora que estamos en Cristo, en lugar de ser el resultado de la obra destructora del diablo, venimos a ser el resultado de la obra de Cristo.

Además, el Señor nos ha colocado en un sistema orgánico-corporativo; esto significa que estamos en una dimensión viviente, y todo inclusiva, donde no queda espacio para lo religioso e individualista. El diablo fue el ser que indujo al hombre a comer del árbol de la ciencia del bien y es por esto que el hombre se volvió religioso, sin embargo, en Cristo somos guiados a lo viviente. El fruto del árbol del bien y del mal está ligado a los conceptos, a las leyes, a los formalismos, a todo lo religioso, pero Cristo es Vida divina. Dicha Vida Eterna viene a morar a nuestro ser pero además, se propone como nuestra propia Vida, y por lo tanto, puede llegar a ser nuestro vivir y nuestra victoria.

Todo lo que acabo de compartirles es una muestra de lo antagónico que es la luz y las tinieblas; y que ninguna relación tiene Cristo con satanás, pues, son cosas totalmente opuestas.

Si pensamos en la condición del hombre antes de venir a Cristo, nos damos cuenta que el espíritu del hombre está inhabilitado porque Dios dijo en el huerto: **“mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”**. (*Génesis 2:17*). Desde el momento en que Adán comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, su espíritu quedó inhabilitado para con Dios, y junto con él, toda la humanidad cayó en la misma situación. Al creer en Cristo, quien es el postrer Adán, el espíritu vuelve a ser vivificado; de manera que ahora nuestro espíritu es la unión de nuestro espíritu más el Espíritu de Cristo, y tal unión nos produce Vida Eterna. Esto es a lo que se refiere la Biblia al hablar de nacer de nuevo, porque de hecho venimos a ser nuevas criaturas.

Al venir a Cristo nos convertimos en morada de Dios, sólo que Él llega inicialmente a morar en nuestro espíritu. A parte de nuestro espíritu, nosotros estamos conformados por una parte almática y un cuerpo físico. Lo que Dios desea es conquistar todo nuestro ser y que seamos llenos de Él en todo nuestro ser. En la parte del alma hay un miembro muy primario que Dios necesita conquistar, y ese es el corazón. No me refiero al corazón de carne (el músculo físico), sino un lugar del ama donde se combinan todas las funciones del ser del hombre, tanto del espíritu como del alma.

Cuando el Señor llega a nuestra vida, como ya dijimos, Él llega a nuestro espíritu, y luego trata de conquistar el alma y el cuerpo. Para que tal conquista tenga efecto, hay un ambiente que tiene que existir más allá de nuestro propio “yo”. El creyente al venir al Señor recibe un cambio de corazón, pues, la Biblia nos dice que Dios le da un corazón de carne. Además, Dios puede restaurar su ser de tal manera que aún el cuerpo físico responde al deseo divino. Cuando el hombre es vivificado, liberado, y restaurado en su interior, el cuerpo también responde a las demandas del Espíritu.

Ahora, la otra cosa que nos sucede al venir al Señor es que nos meten en una dimensión corporativa. Ni siquiera el hombre más espiritual, o restaurado puede ser pleno realmente si no

está ligado a la esfera corporativa de Cristo que es la Iglesia, Su Cuerpo. Dice *1 Corintios 12:13* **“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”**. Desde que el hombre cree en Dios, y obtiene su nuevo nacimiento, el hombre entra a ser parte del Reino de Dios, que es Cristo mismo. El apóstol Pablo nos dice en este verso que a todos los que creemos en Cristo se nos dio a beber el Espíritu de Cristo, y además, nos bautizó en Su Cuerpo. El bautismo con el Espíritu Santo es ser integrados, por el Espíritu mismo, a la esfera del Cuerpo de Cristo.

El movimiento “pentecostal” a muchos nos enseñó que ser bautizados en el Espíritu Santo es hablar en lenguas, pero la Biblia nos enseña que hablar en lenguas es solamente un don, y por cierto, de los más pequeños que existen. Hablar en lenguas no es ser bautizados con el Espíritu Santo. Yo no estoy menospreciando el don de lenguas, pero en esto, mi experiencia es similar a la del apóstol Pablo, y puedo decir con propiedad sus mismas palabras: **“Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros; pero en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua desconocida”** (*1 Corintios 14:18–19*).

La esfera corporativa a la que nos mete el Señor, es Su Cuerpo, la Iglesia. Algunos interpretan que la dimensión a la que Dios nos mete al convertirnos es la Iglesia Universal. En parte estoy de acuerdo con esto, porque sí es cierto, venimos a formar parte de la Iglesia universal del Señor. Ahora, hay una parte objetiva que Dios nos demanda, esto es: “ser parte de una Iglesia local”. Hay muchos que se atreven a decir que, ellos en sí mismos son la Iglesia, pero esto es mucha ignorancia en La Escritura. Hay otros creyentes que dejan de ir a una Iglesia local y se reúnen de vez en cuando sólo con dos o tres hermanos, y creen que eso es hacer Iglesia. Hoy en día muchos creyentes dejan las estructuras denominacionales pero se van al mundo de las herejías, de esa manera, muchos dejan de congregarse. Debe haber un orden en todo esto, y permítame explicarle parte de estos asuntos según La Escritura.

Cuando alguien se junta para compartir con otro creyente, obviamente ellos tendrán Vida de Iglesia, pero eso no es lo mismo que hacer una Iglesia. Qué bueno que usted se reúna a tener comunión con los santos, qué bueno que usted ore con algunos de ellos, qué bueno que usted lea La Escritura con otros hermanos, y qué bueno si puede hacer algún deporte con ellos, pero por más que haga eso no es hacer Iglesia. Tales prácticas distan mucho de la conformación de una Iglesia local.

¿Cómo hizo Dios para que todos los creyentes fueran parte de la Iglesia Universal?

Ya vimos que Dios en Su infinita misericordia tomó a seres humanos caídos, los hizo nacer de nuevo, y los bautizó con el Espíritu Santo en Su Cuerpo. Dios logra que esto sea efectivo por medio de la obra de Cristo. Dice *Efesios 2:13* **“Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros, que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido acercados por la sangre de Cristo. v:14 Porque El mismo es nuestra paz, quien de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, v:15 aboliendo en su carne la enemistad, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un nuevo hombre, estableciendo así la paz”**, Cristo llegó a ser un hombre pleno-corporativo, pues, en Él mismo fue puesta toda la humanidad, tanto judíos como gentiles.

La obra de Cristo, de manera resumida, consiste en lo siguiente:

Primeramente reconocer que **“En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio con Dios”** (*Juan 1:1-2*). Luego podemos agregar lo que dice *Filipenses 2:6* **“el cual, aunque existía en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, v:7 sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres”**. El

Verbo no se desprendió de Su divinidad, sino de la “talla divino-corporativa” que tenía al ser parte de la “Trinidad”. El Verbo se desprendió de tal comunión, de tal gloria, donde los tres eran Uno, ellos eran una Unidad compuesta. Acerca de esto Cristo oró en una ocasión diciendo: **“Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”** (Juan 17:5). Jesús entendía por Su naturaleza divina que en la eternidad pasada había estado con el Padre en tal comunión, y Él anhelaba tener de nuevo esa Gloria corporativa.

Cristo estuvo con Dios, y era Dios, pero se convirtió en un hombre individual. Él vino a este mundo como todos los mortales, nació como hombre, y creció como hombre. A los treinta años el Padre lo envió como el “Ungido” a predicar las Buenas Nuevas. Luego, durante Su ministerio el Señor se presentó como el gestor de un Nuevo Pacto, Él anunció que era el rector de una nueva “oikonomía”.

La nueva era a la que Cristo le dio inicio, o sea, la era de la Iglesia, debía venir a ser exactamente lo mismo que había sido Dios en la eternidad pasada, donde estaba un Dios Triuno. Lo que nosotros debemos vivir, en naturaleza, debe ser lo mismo que Dios es. Nuestro Señor Jesucristo, sabiendo estas cosas oró de la siguiente manera: **“...que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno”** (Juan 17:21–22). Hermanos, nada tiene sentido en la Iglesia si no vamos en pos de la unidad. La mayor tarea de Dios en la tierra es reflejar la naturaleza corporativa de Dios.

En el tiempo que estuvo nuestro Señor Jesucristo en la tierra sucedió algo muy digno de tomar en cuenta, es el hecho de que Jesús no inició Su ministerio, sino hasta que había escogido a doce para que estuvieran con Él. Antes del Jordán, Cristo no era alguien conocido, la gente sólo sabía que Él era un carpintero. Sin embargo, luego de haber sido bautizado, y llevado al desierto, lo primero que hizo fue escoger a doce hombres, y uno de ellos era el que lo iba a traicionar. ¿Por qué el Señor escogió a doce hombres bastante de prisa? ¿Por qué los escogió tan precipitadamente si no los conocía? ¿Por qué no escogió a los doce más fieles al final de Su ministerio? Creo que la respuesta a estas interrogantes es que el Señor estaba gestando el principio corporativo que habría de regir a la Iglesia. El Señor nos dio ejemplo de la unidad, Él siempre estuvo rodeado de Sus discípulos, buscó la unidad con ellos a pesar de sus faltas. El Señor nos mostró a través de la escogencia y la permanencia con los doce, que la dimensión de la Iglesia debería ser orgánica-corporativa. El Señor no escatimó estar con ellos a pesar de lo ambicioso que eran. Algunos de ellos eran hombres de mal carácter, dos de ellos eran apodados “los hijos del trueno”. La Biblia no nos cuenta lo que ellos tuvieron que soportar esos tres años y medio, hasta teniendo que dormir juntos todos los días.

Yo por lo general, cuando salgo de viaje unos dos o tres días, ando acompañado de hermanos, por ende, creo entender un poquito lo que vivió el Señor en Su ministerio al rodearse de doce hombres. Es cierto que en algunos momentos resulta alegre estar acompañado de hermanos, pero a la vez sé lo complicado que es tener que soportar los diferentes caracteres. No creo tener la capacidad que tuvo el Señor de rodearse de doce hombres durante tres años y medio, no me imagino tal hazaña, sin embargo, nuestro Señor nos dio ejemplo de tal vida corporativa. Definitivamente, una gran parte del Ministerio del Señor fue tener que discipular, soportar, y vivir con los doce.

El Señor no fue como los predicadores modernos, que entran y salen por puertas secretas para no tener que saludar a nadie. El Señor no escatimó tener que rodearse de hombres inconstantes, de hombres que lo abandonaron en el momento más crucial de Su vida, al

contrario, los soportó; Él sabía que tener que soportarlos a ellos era el precio a pagar para que en lo porvenir nadie caminara de manera individualista. El asunto de lo corporativo es como el fútbol, por muy buen jugador que alguien sea (en lo individual) necesita de otros para poder jugar un partido. Así es Cristo, nadie puede vivir la vida cristiana que el Señor propuso a menos que esté ligado a la Iglesia.

El principio corporativo es puramente inclusivo; aunque existan personas cultas, otras no estudiadas, pobres, ricas, mujeres, hombres, etc. todos son necesarios para formar la Iglesia de Cristo. Nadie que quiera ser parte de la Iglesia puede buscar la exclusividad, ni la individualidad, es necesario vivir ligados al principio corporativo. No confundamos el hecho de ser parte de la Iglesia, con la porción que nos toca hacer en el Reino de Dios. Hay quienes tienen que servirle al Señor fuera de su Iglesia local, pero eso es la Obra misionera, es totalmente diferente a lo que significa ser parte de la Iglesia.

Tenemos que conocer la diferencia que existe entre reunirnos para compartir de Dios con alguien, y reunirnos para conformar una Iglesia local. Es necesario saber qué nos dice la Biblia al respecto, porque si esto es al antojo de cada quien, pues, ya no pensemos en reunirnos como Iglesias locales. Para empezar miremos qué nos dice la Biblia, qué nos dijeron los apóstoles, y vomitemos lo que aprendimos de manera torcida en las denominaciones.

Según el Nuevo Testamento, el principio corporativo nació con Cristo mismo. Sus primeros treinta años los vivió de manera individual, pero los otros tres años y medio los vivió corporativamente. Si nosotros creemos que la Iglesia es Cristo, y que Cristo es la Iglesia, tenemos que entender que tales dimensiones responden a lo corporativo. Para que me entienda cómo funciona este principio, permítame explicárselo de la siguiente manera: Cuando alguien escucha el mensaje de salvación, tiene dos opciones: O acepta el mensaje y acepta a Cristo, o lo rechaza. Sea cuál sea su posición y su decisión, de todos modos Cristo ya murió por Él. Cristo no muere cada vez que alguien desea creer en Él, sino que murió una sola vez por todos los hombres. En realidad, Cristo salvó en sí mismo a toda la humanidad porque tal obra la llevó a cabo bajo este principio corporativo. Cristo fue el segundo Adán, Él se convirtió en cabeza de la humanidad, como dice *1 Corintios 15:22* ***“Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”***. Cuando el Señor murió, Su muerte también aplicó a todos los hombres, así lo dice *Romanos 7:4* ***“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios”***. No podemos negar cómo está implícito el principio corporativo en la obra del Señor.

Ahora bien, cuando el Señor resucitó fue convertido en Espíritu vivificante, así dice *1 Corintios 15:15* ***“Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante”***. Días después de Su muerte en la cruz, ***“Jesús vino y se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros. Y diciendo esto, les mostró las manos y el costado. Entonces los discípulos se regocijaron al ver al Señor. Jesús entonces les dijo otra vez: Paz a vosotros; como el Padre me ha enviado, así también yo os envío. Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo*: Recibid el Espíritu Santo”*** (*Juan 20:19-22*). El Señor ya resucitado se apareció una vez más a Sus discípulos y les transfirió Su naturaleza, o sea, les transfirió Su Espíritu. En la resurrección Cristo se convirtió en Espíritu, sólo estando en esa condición pudo ingresar en la vida de cada creyente.

Veamos algo más de la obra del Señor que le dio espacio al principio corporativo de Dios., nos referimos al tiempo de “pentecostés”. El Señor les había dicho a los discípulos que no

se fueran de Jerusalén, pues, aunque ellos ya tenían el Espíritu en su interior, faltaba aún algo más. Lo que les hacía falta era la experiencia del bautismo con el Espíritu Santo. Dice *Hechos 2:1* **“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar. v:2 De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso que llenó toda la casa donde estaban sentados”**. La Escritura dice que los que estaban en pentecostés fueron inmersos en una ráfaga de viento que llenó toda la casa. Olvídense por un momento del asunto de las lenguas, eso no fue lo más importante que sucedió en pentecostés, pues tampoco las lenguas son el Bautismo del Espíritu Santo. Lo trascendental que sucedió en “pentecostés” fue el evento consumado del Bautismo en el Espíritu Santo. Todos los creyentes que estaban en aquel aposento alto fueron “bautizados” en la ráfaga de viento que llenó la casa. Aquel evento se dio sólo una vez, pero aplica para todos los que se van convirtiendo al Señor. Es similar a la muerte de Cristo, Él murió una sola vez; en Su muerte todos morimos con Él, pero ésta se hace efectiva cuando decidimos creer en lo individual. Igualmente es el evento del Bautismo en el Espíritu Santo, sucedió hace dos mil años, pero nos lo aplican cuando nos convertimos al Señor.

Luego de este evento, tuvo lugar otro principio más: “LO ORGÁNICO”. La Iglesia no debe responder solamente al Principio CORPORATIVO, sino a “LO ORGÁNICO”. El principal fundamento de la Iglesia debe ser la Vida, a eso me refiero con el término de orgánico.

La Iglesia en su estado Universal es subjetiva, nadie puede ubicarla, nadie puede acceder a ella aunque todos los creyentes somos parte de ella. La Iglesia se volvió objetiva cuando tuvo su inicio la Iglesia en Jerusalén, es decir, en pentecostés. El grupo de ciento veinte hermanos que estuvo presente aquel día constituyeron la primera Iglesia local, ellos fueron una Iglesia objetiva, tangible, palpable. Nadie puede hacer de la Iglesia del Señor algo subjetivo; no es correcto, ni bíblico creer que de repente en el bus nos encontramos con algún creyente al que ni conocíamos, y luego podamos decir: *“ya tuve mi reunión de Iglesia este día, de casualidad nos juntamos con otro santo en el bus y allí hicimos la Iglesia”*. Suena bien, suena moderno, pero la Iglesia del principio no fue así.

La Iglesia Universal está integrada por todos los creyentes, incluyendo a aquellos que casi nunca se congregan. Ahora bien, déjeme decirle que Dios no va a premiar a nadie en aquel día por haber pertenecido a la Iglesia Universal. Los vencedores no salen aprobados en la Iglesia universal, sino en la Iglesia local. Todas las promesas que Dios le da a los vencedores de Apocalipsis 2 y 3, no se refieren a gente que fue parte de la Iglesia Universal, sino a los creyentes que reconocieron una Iglesia local.

La parte objetiva en la que Dios mide a los creyentes, es la reunión organizada, firme y responsable que los santos tengan en su localidad. Dice *1 Corintios 15:5* que el Señor cuando resucitó se le apareció a más de quinientos hermanos, pero en pentecostés sólo habían ciento veinte. Quiere decir que de todos los discípulos del Señor, en el día de pentecostés faltaron casi cuatrocientos hermanos. Hace unos días estudiando estas cosas el Señor me llevó a leer *Hechos 2:1* **“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar”**. Mientras leía el verso, el Espíritu me enfatizó la palabra **“todos”**, y me explicó que para Dios no faltaban casi cuatrocientos hermanos, al contrario, Dios hizo la totalidad de la Iglesia con los ciento veinte que estaban presentes.

Dice *Hebreos 10:23* **“Mantengamos firme la profesión de nuestra esperanza sin vacilar, porque fiel es el que prometió; v:24 y consideremos cómo estimularnos unos a otros al amor y a las buenas obras, v:25 no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos unos a otros, y mucho más al**

ver que el día se acerca". La Escritura es clara al decirnos que no dejemos de congregarnos, la Biblia Textual traduce de mejor manera el v:25 ***"No abandonando nuestra propia asamblea..."*** podemos dejar de asistir a una reunión por muchas causas, a veces nos podemos enfermar, otras veces podemos tener problemas de tráfico a la hora de ir de camino, etc. pero lo que no debemos hacer es abandonar la Iglesia local a la que asistimos. Hermano, el ***"día que se acerca"*** es el día que vamos a presentarnos delante del Señor, es el día que vamos a partir de esta tierra, ése es el día que se acerca.

El apóstol nos exhorta a que no nos dejemos de congregarnos con "todos" los que conforman la Iglesia local. Para Dios la Iglesia debe ser objetiva, tiene que verse en la tierra, y ésta es la razón por la cuál nos debemos congregarnos localmente. Sólo siendo parte de una Iglesia local tendremos la oportunidad de ser vencedores, y esto lo lograremos si nos volvemos orgánicos y corporativos.

Si logramos alcanzar esta dimensión de Vida en la Iglesia, en aquel día tendremos mucha oportunidad de ser aprobados por el Señor. El Señor viene una vez más a Su era, a su terreno, a las Iglesias locales a recoger el grano bueno y a quemar la cizaña. ¡Dios nos encuentre siendo parte de "todos" los que se reúnen en un mismo lugar.